

POR UNA CONCEPCION HUMANISTA DE LA CIUDAD

En unas conferencias que Jacques Maritain pronunciara en Buenos Aires, una de éstas intituló "Concepción Humanista de la Ciudad". Y bien, yo anhelo que las palabras pronunciadas por tan ilustre pensador fueran trasladadas a los programas de urbanismo como base fundamental y orientadora del desarrollo y buen gobierno de toda ciudad.

No hay duda que sean algunos, y hasta numerosos, los planes reguladores que hoy se formulan con más entendimiento y comprensión de la ciudadanía y que tienden a proporcionarle un instrumento cómodo y adecuado para la vida urbana. Empero, en muchos de ellos, descubrimos sólo una fórmula ilusa, quimerista, artificiosa, pintura sobre el papel, carentes de ese nervio de inquietud, de seguridad de su realidad, de algo que afirme su acotamiento y sean de por sí impelentes, si la materia puede en caso tal ser reflejo de algún ánimo superior.

El planeador parece satisfacerse en fórmula planimétrica, en la que ha estancado su pensamiento. Y estima, así, resuelto el problema del porvenir. Cierto es que no corresponde a él garantizar la eficaz realidad de su sistema; en el trasfondo de su proyecto hay más veces un encasillamiento de gentes, una ordenación de masas humanas olvidando aquello que de tan esencial y legítimo expresa Maritain: "La persona humana, miembro de la sociedad, es en sí misma un todo que forma parte de un todo mayor, pero no es parte de la sociedad según todas sus pertinencias personales."

Estimo que la formación y vida de la ciudad estriba, consiguientemente, en dos aspectos tan vinculados el uno al otro que aislados no podrían dar los óptimos resultados que anhela el hombre, y menos desvinculados. Me refiero al plano urbano y al gobierno de la ciudad. Buen plano y buen gobierno son complementarios, suma de lo estático director y de lo dinámico animador. Buena herramienta y buen obrero. Las imperfecciones en ambos no serían tan sensibles en cuanto fuera el uno malo y el otro perfecto, con diferencia que un buen gobierno municipal puede lograr perfecciones en la ciudad absoluta que no la

ciudad mejor trazada puede impulsar a un gobierno cabal e intachable.

El planeador podrá argüir que a él no le incumbe el porvenir en lo que al gobierno de la ciudad importa; y esto sin egoísmo reprochable. Más aun: que no puede ser profeta y mago para descubrir en los arcanos del tiempo los días nefastos y venturosos de la ciudad. Dirá que hay lo ineluctable; y estará en lo cierto. El que se queda en el plano de la materialidad, la técnica es su base (tecnicismo que, por otra parte, va día a día variando, y la ilusión del mecanismo, como sostén del progreso, se diluye como la espuma del jabón).

Pero, precisamente, una fórmula planimétrica, simple y fácil, es decir, que sea instrumento flexible a las conveniencias del porvenir y a su buen gobierno, es sin duda ideal que debe inspirar su minerva urbanística. Y ese ideal que ha de ser un ideal cristiano. Aquí caben las palabras iniciales de la conferencia: "Al considerar el estado en que hoy se encuentra la ciudad humana, la proposición de nuestro tema puede parecer una paradoja o una cruel ironía. No por eso deja de haber una concepción cristiana de la ciudad; y aunque los acontecimientos de la historia puedan llevarnos muy lejos de su tipo, nunca conseguirán su derecho."

Que el instrumento urbano sea fácil de manejar y su plano ordenador de sencilla aplicación, y llegaremos a la simplicidad que hace agradable la vida en ella. No hablemos de las congestiones peligrosas, de las demoras perjudiciales a la economía, de los atropellos contra la vida y la comodidad: en la ciudad moderna parecen haberse dado cita todos los inconvenientes y dificultades para la vida. El egoísmo y la lenitud se topan en cada esquina. Buscamos en el maquinismo la panacea. Seguimos creyendo en el auxilio de él para la ciudad moderna: mejor dicho resolvemos su problema con su soporte. Este es, es cierto, concurso y asistencia, pero no hagamos de él ídolo; no le pongamos al frente como arbitrio. Desde un siglo atrás estamos pensando así. Juzgamos la civilización por el progreso mecánico, y no la perfección de la